

Recuerdos de un amigo

En las revistas

Mi relación con José Antonio Maravall comenzó en 1929-30, cuando él, José Ramón Santeiro, Leopoldo Panero y Manuel Díaz Barrio iniciaron la publicación, en Madrid, de *Nueva Revista*. Leopoldo me presentó a sus compañeros y la amistad, tan fácil de establecer en esas edades, no tardó en afirmarse entre nosotros.

Poco después, enero de 1932, *Brújula*, dirigida por Julio Angulo, nos permitió a Manolo Gil y a mí, redactores de la modesta revistilla, llevar a sus páginas a Santeiro, Maravall y Panero. Poemas de los tres, muy en la línea taurófila la «Elegía a Joselito», de Santeiro y el de Leopoldo, «Nuca de río», orientado hacia un modo de escritura velado por las luces de la metáfora.

Dos veces colaboró Maravall en la revista; en los números segundo y cuarto aparecieron respectivamente «Poema» y «País del Sur», éste dedicado a María Zambrano y ambos cuidadosamente escritos. Quizás el cuidado, el orden, la continuidad metafórica, no satisfacían al autor, quizá le producían la impresión de que en ellos faltaba algo, acento personal, ímpetu de creación... Pues empezó a vacilar, a sentirse inseguro de lo que estaba escribiendo en verso y a pensar seriamente en limitarse a la prosa crítica e histórica. A cincuenta y seis años de distancia vuelvo a leerlo, y vacilo: ¿se perdía la voz entre los ecos? ¿reconocía el poeta sus imágenes como propias?

La noche es una flor entre las manos.
La caída del cielo como lluvia.
El cadáver del aire sobre el aire
La extensión ideal de lo que vive
Sabiendo lentamente su no vida.

No estoy seguro de cuándo tomó la decisión de abandonar el ejercicio poético, pero sospecho que fue consecuencia de un proceso de maduración intelectual y de una toma de conciencia de sus posibilidades mejores. ¿Para qué escribir lo que no acababa de satisfacerle si, trabajando en otras direcciones, su esfuerzo podía llevarle a resultados más satisfactorios?

Brújula murió en la primavera del 32 por discrepancia entre Angulo, Manolo y yo. No llegó a cuajar el número especial dedicado a Goethe en su centenario que Manolo Gil,

Lorenzo Martínez Suárez y yo preparábamos bajo la dirección de Eugenio d'Ors. El fracaso se debió en parte a la resistencia de los jóvenes a publicar en «La tercera noche de Walpurgis» algunos epigramas de don Eugenio ofensivos para don Manuel Azaña.

Libres ya de la tutela de Julio Angulo decidimos Manolo y yo publicar una revista que declarase desde el título nuestra admiración por la vanguardia y la convicción de que convenía dar por cerrado el período y, beneficiándonos de sus experiencias, pasar a otra cosa. *Boletín último* se llamó la publicación y en cada número queríamos dedicar una página a la poesía de quienes según creíamos, vivían un momento de creación ascendente.

Fue José Antonio el primer elegido y en el número primero —y único— del *Boletín* (1932, ¿otoño?) aparecieron cinco poemas suyos bajo el título *Antología* acompañados de una fotografía y precedidos de una breve síntesis de sus ideas sobre la poesía: «Cualquiera que sea la posición que se adopte ante la poesía habrá que coincidir en que ésta toma su ser sustancialmente de la misma realidad. Sentirse rodeados de la materia, sentir en sí la materia y saber que un aroma es un cuerpo que unas manos más sensibles que las nuestras podrían llegar a percibir en fiesta de su fino tacto agudizado, es haber despertado ya a su más apasionada emoción. La poesía es el fervor de las cosas que son la misma tierra, que somos nosotros mismos que en toda nuestra carne ponen vibraciones de su presencia indiscutible».

(Neruda a la vista, el Neruda de *Residencia en la tierra* que no tardaría en ser reconocido como el gran poeta no ya de lo terreno sino de lo terroso, y a distancia los hallazgos de Francis Ponge, el pulidor de piedras más diestro de la poesía francesa de postguerra).

De los poemas antologizados, tres eran inéditos, uno procedía del número 4 de *Nueva Revista* y otro del primero de *La luna y el pájaro*, coincidentes en la inclinación al «álgebra superior de las metáforas» diagnosticada por Ortega:

Invierno van cantando con sus lenguas de frío
 Invierno es el rencor de clavarse en el aire
 Ocho espadas que son sus letras juntas
 Rezumando la herida blanca sangre: la niebla.

Y con versos así concluyó la travesía poética de José Antonio que por entonces giraba en la órbita de Ortega. Fue de los primeros, entre la gente de nuestra edad, en colaborar en la *Revista de Occidente*: la disciplina orteguiana y el nivel de exigencia de Fernando Vela contribuyeron a formar la tendencia y el estilo de quien se inclinaba resueltamente por las ciencias del pensamiento.

Lector extenso e intenso, leía mucho y leía bien, y servido por una memoria feliz asimilaba con facilidad cuanto le interesaba retener. Casi no hace falta añadir que los volúmenes publicados por la *Revista* desde Spranger a Huizinga le ayudaron a sumergirse en las aguas profundas de la cultura europea. En los puestos callejeros de libros, abundantes en aquellos años, buscaba y solía encontrar algo que le interesaba; como para otros amigos, el libro era una tentación tanto como eventual instrumento de trabajo. No sé o no recuerdo las preferencias de Santeiro, sí por Leopoldo buscaba con preferencia obras de poesía en tanto que José Antonio se concentraba en las de historia, especialmente en

las de historia de las ideas. Particularizaciones que no han de tomarse como exclusiones, pues en verdad todos adquiriríamos lo que «la ocasión» ofrecía.

Un viaje: un rito

Desde principios de siglo, recorrer y conocer los pueblos de España se había convertido en un deber moral y en un rito de pasaje de lo libresco a lo vivo, de lo que se aprende a través de mediaciones culturales, tan importantes como puedan ser, pero que en definitiva nos hablan desde una perspectiva ajena, a una toma de contacto directo con la realidad. Si el primer impulso procedía de Giner, fueron Galdós (*Toledo*), Unamuno (*Andanzas y visiones españolas*), Azorín (*Castilla y Los pueblos*), etc, quienes trataron del paisaje y del paisanaje de la patria con la pluma más incitante.

¿Cómo no imitarles? Estaba yo, recién destinado en Soria, seducido por la belleza de la luminosa ciudad donde Antonio Machado viviera veinte años atrás su pasión de amor y de muerte. Mi condición de leonés más me alejaba que otra cosa del Cid Campeador, el héroe castellano por excelencia, respecto al cual sentía y siento recelo más que admiración, pero bajo el hechizo machadiano —y becqueriano— y la hermosura melancólica de la ciudad, «tan bella bajo la luna», iba reconciliándome con la idea de que Castilla podía ser tan calladamente atractiva como yo la sentía.

Una exploración personal se imponía y Manolo Gil, José Antonio Maravall y yo decidimos realizarla. Nuestro conocimiento y admiración por el *Poema del Myo Cid* estaba fuera de duda. La edición de Alfonso Reyes, en la colección Universal de Calpe, fue nuestro breviario, y no eran pocos los fragmentos que podíamos recitar de memoria —con intercalaciones de Manuel Machado, devoción de ayer y de siempre—. Así, una mañana de agosto de 1934 comenzó nuestra peregrinación por tierras burgalesas, a pie y ligeros de equipaje: desde el Solar del Cid al Monasterio de Cardaña, y desde allí a Burgos.

En la capital nos esperaba Eduardo de Ontoriori, poeta y biógrafo de *El Cura Merino*, con quien paseamos por los rinconales secretos de la ciudad y por las avenidas del Espolón, escuchando a nuestro amigo leyendas de caballeros espectrales y de monjas empareadas. Por iniciativa suya visitamos a Gregorio Mayoral, funcionario del Estado y verdugo oficial de la zona.

Mayoral era bajito, cetrino, ojos chicos y ademán tranquilo; por su atuendo y modo de conducirse parecía lo que era, un burócrata más, siquiera su profesión, que él estimaba tan honorable como cualquier otras, le llevara a ejercitarse en el cultivo y la práctica del garrote vil. Hablaba de su oficio como si despachar a los condenados fuera ejercicio tan normal como tramitar un expediente de aguas, y nos mostró un pequeño cuadernillo escolar en cuyas páginas figuraban los nombres de los ejecutados, uno en cada hoja, con anotaciones relativas a las causas de su condena y una o dos líneas finales en que se resumía escuetamente el comportamiento del reo en el punto de la muerte: «estuvo muy terne», «aguantó sin rechistar», «se cagó de miedo».

Después el Mayoral sacó un pequeño estuche y de él un objeto que, aún dada la persona que lo mostraba, en el primer momento hubiéramos vacilado en identificar: «la corbata»

que, ajustada de modo conveniente, se ceñía al cuello de la víctima en forma tal que sus sufrimientos se reducían al mínimo: una vuelta de torniquete y todo concluía, afirmaba el oficiante.

Del itinerario hasta Calatayud recuerdo tres incidentes de muy distinto carácter: uno, la visita a Covarrubias, donde el sepulcro de piedra que guarda los restos de Fernán González en el centro de la iglesia impresionaba por su desnudez, por su austera sobriedad. Las rotas paredillas bajas del claustro permitían ver los restos de los enterrados, unos momificados, otros cercanos al polvo.

Más adelante, al entrar en Salas de los Infantes nos vimos rodeados de un tropel de chiquillos que, jubilosos, nos saludaban gritando: «¡los toreros!, ¡los toreros!». Era día de capea y se esperaba a los encargados de lidiar, aquella tarde, los becerros de la fiesta. José Antonio, con todo su pelo, y Manolo, esbelto y mocete, podían pasar por novilleros; de mí, desgarbado y larguirucho, no podía creerlo. Sí lo creí cuando al fonducho en que nos aprestábamos a comer llegó el concejal de fiestas a saludarnos y a darnos instrucciones para la corrida de la tarde. Le dijimos que no éramos quienes suponía y tomó la negativa como expresión de miedo; no nos creía. José Antonio achicado; Manolo divertido y yo indignado componíamos un cuadro risible. Salvó la situación un músico de la banda municipal de Soria que me reconoció y dijo al munícipe quién era yo. Poco más tarde llegaron los torerillos como más desastrados y polvorientos que nosotros, y la capea se celebró aquella tarde sin mayor novedad.

Aun si el propósito de seguir a pie la ruta del Cid se mantuvo en general, alguna vez no renunciábamos a subir al carro propicio que su conductor nos brindaba para adelantar un trecho del camino. Al paso lento de las mulas conversábamos con el carretero. Un edificio grande, de aire señorial, nos llamó la atención: «¿Qué es eso?», le preguntamos. «El palacio de la Puta», contestó, y luego explicó que allí viviera, ayer, como quien dice, la querida del Rey. Y no erraba el memorioso, pues, según dedujimos en el momento o averiguamos después, en aquel palacio vivió la princesa de Eboli, amante de Felipe II, siglos antes. Los nombres se olvidaron, pero el hecho pervivió en la memoria del pueblo. Buena lección para el futuro historiador Maravall, y no menos buenas las siguientes.

Recorriendo Nájera nos detuvimos en el puente sobre un río cuyo nombre —el Najarilla— desconocíamos. Pasó una vieja muy arrugadita y flaca, casi sarmentosa, hablando a solas. Le preguntamos: «Abuela, ¿cómo se llama este río?». Nos miró, chocada por la pregunta, se detuvo y al fin dijo: «El río». «Sí, pero qué río». «Pues el río», añadió, un tanto amoscada. José Antonio todavía insistió: «Sí, señora, pero lo que queremos saber es el nombre del río...» Y la viejita, manoteando, casi metiéndose los dedos por los ojos, con voz irritada le (nos) gritó: «¡El río, el río, el río...!» y se marchó renqueante, de fijo pensando en la estupidez o en la mala intención de quienes preguntaban cosas tan sin vuelta de hoja: el Río, el único, el de su pueblo, el único que para ella contaba, que para ella existía.

Nos desviamos para visitar Calatañazor, estimulados por el deseo de conocer el lugar donde Almanzor «perdió el tambor». Allí la lección fue impartida por un niño y no por un adulto. Apenas tenía acceso el pueblito perdido; una entradilla sin otra señal que un pedazo de madera carcomida con una palabra ilegible que, descifrada un poco a la ventu-